



LA EMOCIÓN POSITIVA DE LA CURIOSIDAD EN LAS PERSONAS CON DISCAPACIDAD INTELECTUAL

Dr. Daniel Paredes Gómez, Dr. Florencio Vicente Castro y Dra. Isabel Ruiz Fernández

Centro Ocupacional Aprosuba-4. Don Benito (Badajoz)

RESUMEN

El presente trabajo ofrece una revisión teórica sobre la curiosidad como emoción positiva en relación a las personas con discapacidad intelectual. En primer lugar se describe la división temporal de las emociones positivas, para centrarse posteriormente en aquellas que se experimentan en el presente. A continuación se revisa brevemente el estado de los conocimientos que se poseen sobre la vida afectivo emocional de las personas con discapacidad intelectual. Se estudian tanto las características del constructo curiosidad como aquellos factores que intervienen en su desarrollo y se revisan los trabajos que anuncian su presencia en las personas con discapacidad intelectual. Por último, se proponen algunas ideas para elaborar estrategias de intervención que favorezcan esta experiencia emocional positiva a fin de que las personas con limitaciones intelectuales puedan aprovecharse de los beneficios psicológicos que conlleva su práctica.

ABSTRACT

In this paper Curiosity is theoretically raised as a positive emotion in people with intellectual disability. First of all the temporal division of positive emotions it is described, then the document is focused on people who are experienced at the moment. A brief review of the state of knowledge about the affective emotional life of people with intellectual disabilities is made. Characteristics of the construct of curiosity are studied as factors involved in its development, reviewing the works that advertise the presence of curiosity in people with intellectual disabilities. Finally, some ideas to develop intervention strategies that allow this positive emotional experience improves are suggested, so that, people with intellectual limitations could take advantages from the psychological benefits associated.

Palabras clave

Curiosidad. Emoción positiva. Discapacidad intelectual. Vida emocional. Estrategias de intervención.

Key word:

Curiosity. Positive emotion. Intellectual disability. Emotional life. Intervention strategies.



LA EMOCIÓN POSITIVA DE LA CURIOSIDAD EN LAS PERSONAS CON DISCAPACIDAD INTELECTUAL

INTRODUCCIÓN

Las experiencias emocionales afectivas pueden ser dotadas de cualidad y, en base a ello, ser clasificadas como positivas o como negativas. Aunque a primera vista pudiera parecerlo esto no implica que el valor positivo o negativo de las emociones formen un continuo bipolar. Más bien son aspectos bastante independientes; pues siendo cierto que guardan una relación opuesta en momentos de mucha intensidad, en los niveles medios generales y cotidianos de las personas son capaces de coexistir (Avia y Vázquez, 1998).

Una división complementaria a la expuesta es aquella que tiene en cuenta las emociones positivas en relación con el tiempo. De manera que pueden estar referidas al pasado, al futuro o al presente (Seligman, 2003). Las del pasado están completamente guiadas por el pensamiento y la interpretación. Cada vez que el pensamiento genera una emoción positiva como la serenidad, el orgullo, la complacencia o la satisfacción interviene una interpretación, un recuerdo o un pensamiento que gobierna la emoción subsiguiente. Esta verdad aparentemente inofensiva y obvia resulta clave para entender cómo se sienten las personas con respecto a su pasado y evita que se sientan atadas a él (Prada, 2005). Por su parte, las emociones positivas del futuro hacen referencia a la esperanza y al optimismo. Esta tendencia a esperar que el futuro depare resultados favorables provoca el deseo del avance hacia la superación y la maduración personal (Avia y Vázquez, 1998).

Sin embargo, gran parte de la vida emocional es instantánea y reactiva generando emociones en el presente. Seligman (2003) divide las emociones positivas del presente en placeres y gratificaciones. A los primeros, a su vez, los subdivide en placeres corporales, entendiéndolos como respuestas que se producen por la estimulación gratificante de los sentidos exteroceptores; y placeres superiores, a los que dota de más complejidad pues requieren más recursos cognitivos. El gozo, la dicha, la alegría, la diversión, el entretenimiento, la distracción... estarían encuadrados en la segunda categoría; mientras que los olores y sabores deliciosos, la gratificación sexual, los movimientos corporales o los sonidos agradables estarían en la primera.

Por su parte, las gratificaciones estarían más relacionadas con el desarrollo de actividades preferidas que con los sentimientos inmediatos que provocan. Pintar, leer, conversar, hacer un deporte, construir, formar... serían algunas de las muchas que hay. Cuando el sujeto queda atrapado por la actividad se involucra por completo y se siente bien emocionalmente.

Las emociones positivas son necesarias para las personas pues facilitan su adaptación social. Su experiencia aporta considerables beneficios psicológicos: mejoran la forma de pensar, organizan la mente de una manera más abierta y flexible; predisponen a la ayuda solidaria a los demás; hacen tolerar mejor el dolor físico; motivan a seguir adelante; facilitan las soluciones creativas a los problemas y agilizan la toma de decisiones (Avia, 1995; Avia y Vázquez, 1998; Vecina, 2006).

VIDA EMOCIONAL Y PERSONAS CON DISCAPACIDAD INTELECTUAL

La mayoría del grueso del conocimiento desarrollado hasta la fecha sobre la discapacidad intelectual se ha concentrado en temas tales como el estudio del funcionamiento cognitivo; la evaluación y capacitación en la conducta adaptativa; la integración y la normalización social; el tratamiento de los problemas conductuales; la planificación y evaluación de la calidad de los servicios de apoyo, etc. (Arthur, 2003).

Tradicionalmente se ha valorado la discapacidad intelectual desde un punto de vista negativo —¿qué es lo que falta?— y los esfuerzos por reducir las limitaciones se han centrado en las condiciones externas de esta vulnerable población (Dykens, 2006). Los aspectos emocionales y afectivos, lo interno de la persona, han recibido muy poca atención (Argust, Terry, Bramston y Dinsdale, 2004) y, en alguna medida, puede decirse que se ha sido negligente en su estudio (Crocker, 2000), pese a ser experiencias comunes y cotidianas, también, para las personas con discapacidad intelectual.



NECESIDADES EDUCATIVAS ESPECIALES. CALIDAD DE VIDA Y SOCIEDAD ACTUAL

En general, los constructos psicológicos afectivos y emocionales, al ser experiencias profundamente personales y subjetivas, presentan a la psicología dificultades para su conceptualización. También en la identificación de sus componentes, en la valoración de su intensidad e incluso en las relaciones internas que pudieran existir entre sus elementos.

Su estudio en la campo de la discapacidad intelectual muestra serios aprietos metodológicos en la medida en que la singularidad humana se pone de manifiesto en forma de limitaciones cognitivas y de conducta adaptativa.

El agrupamiento metasindrómico y multiaxial que representa la realidad humana de la discapacidad intelectual (Salvador; 2005) hace que la búsqueda de la homogeneidad sea un asunto muy complejo. No obstante, es preciso conocer en qué medida cada persona se referencia, o no, en los patrones emocionales comunes del resto de la población. La calidad del apoyo que se le preste y su calidad de vida dependen en gran medida de este asunto.

A día de hoy se cuenta con poca la literatura empírica relativa a la vida emocional de las personas con discapacidad intelectual (Ross y Oliver, 2003) y la que existe se ha centrado más en el estudio de los desajustes emocionales que en los procesos afectivos positivos referidos al bienestar psicológico; los cuales, en la mayoría de los casos han sido estudiados compartiendo espacio con los primeros (Crocker, 2000).

Este estado de las cosas puede ser debido a que, en general, la experiencia emocional negativa, y sus manifestaciones conductuales, son un importante indicador de desórdenes; que anuncian, en el caso de la discapacidad intelectual, más trabajo, menos posibilidad de control o más carga en las personas prestadoras de apoyo (Szymanski, 2000). Y también a que las emociones positivas, por el contrario, reflejan una buena adaptación al entorno y no precisan de especial vigilia o alarma (Seligman y Csikszentmihalyi, 2000).

Los estudios de la prevalencia de los trastornos del estado de ánimo en personas con discapacidad intelectual presentan complejos problemas metodológicos relacionados, por ejemplo, con la fiabilidad y validez de los instrumentos diagnósticos para la obtención de los datos clínicos o en la selección de las muestras de población, dado el referente de los distintos grados de presentación de las limitaciones intelectuales (Rojahn y Esbensen, 2005). Pero aun con todo evidencian, primero, que las personas con discapacidad intelectual tienen una vida emocional, al menos, tan dinámica como la que tienen en las personas de la población general (Arthur, 2003). Segundo, que se muestran más vulnerables al desajuste emocional. Y, tercero, que tienen amplias necesidades de apoyo psicológico y sanitario ante las dificultades emocionales que se les presentan en la vida diaria (Muñoz y Marín, 2005). Es necesario, pues, incrementar las líneas de investigación y los programas de intervención psicosocial orientados a la solución de estos problemas de salud mental.

Sin embargo, aunque la concepción actualizada de la discapacidad intelectual obliga a trabajar sobre estos graves "asuntos"; también, ¡y sobre todo!, propone apoyar a las personas para que progresen de continuo hacia una vida mejor, llena de felicidad y con mucha más calidad objetiva y subjetiva, y no solo intervenir para que no tengan problemas.

La psicología ha comenzado recientemente a aceptar como un objeto relevante de estudio el bienestar subjetivo, y a afrontar directamente la exploración de las fortalezas y los factores que contribuyen a la felicidad de los seres humanos (Vera, 2006).

El área de trabajo que se corresponde con las tareas predichas es la *Psicología Positiva*. Es decir, aquella disciplina que basa su estudio, sus investigaciones y sus aplicaciones en comprender los procesos que subyacen a las cualidades y las emociones positivas del ser humano (Vera, 2006). Y también de las instituciones positivas, como la familia, la democracia... (Seligman et al., 2000; Seligman, 2003).

Actualmente es difícil encontrar lecturas que condensen los distintos tópicos que abarca la psicología positiva (Prada, 2005). Bien es cierto que sus temas se desgranar de vez en cuando en algunas revistas científicas especializadas en psicología, pero no lo es menos que las revistas específicas son muy escasas. Los libros monográficos y los manuales van apareciendo poco a poco y, en resumidas



LA EMOCIÓN POSITIVA DE LA CURIOSIDAD EN LAS PERSONAS CON DISCAPACIDAD INTELECTUAL

cuentas, en el momento en que se confecciona este trabajo, la disciplina está aun si no definiendo sus límites, al menos, si comenzando a solidificar su cuerpo empírico.

Dado este estado de las cosas, las investigaciones y trabajos referidos a la psicología positiva en las personas con discapacidad intelectual no pueden ser de otra manera que muy exiguos. En la revisión de literatura sólo se ha encontrado un número monográfico sobre Felicidad publicado en *American Journal of Mental Retardation* (año 2000, volumen 15, número 5) y una reducida cantidad de artículos publicados en revistas especializadas.

¿Hasta que punto las personas con discapacidad intelectual muestran emociones positivas, por ejemplo hacia su futuro, como la esperanza?, ¿o con respecto a su pasado, como la gratitud?. En general, existen cada vez más evidencias de las ventajas que suponen para la salud física y mental la vivencia de experiencias emocionales positivas. ¿Se prevén tales ventajas para las personas con discapacidad intelectual?. ¿Cómo deben adaptarse las intervenciones en base a ellas?. ¿Emociones positivas del presente como la gratitud, el sentido del humor o la curiosidad... son ajenas a las personas con un bajo CI?. Tras plantearse preguntas como éstas Dykens (2006) dice que apenas si se sabe algo sobre estos temas.

CURIOSIDAD Y DISCAPACIDAD INTELECTUAL

Paradójicamente, el interés por lo que a uno le rodea: la *curiosidad*, pese a ser una emoción positiva fuertemente vinculada al anhelo de conocer o de averiguar cosas, no siempre estuvo bien vista por algunos de aquellos sabios que buscaban, en último caso, el conocimiento completo de la naturaleza humana. Así, por ejemplo, Agustín de Hipona (354-430) pensaba que era un apetito de nuevas percepciones y no un afán por los nuevos conocimientos. Tomás de Aquino (1225-1274) la consideraba una inquietud errante del espíritu muy cercana a la pereza (Marina y López; 1999).

Hoy día es tenida en cuenta mayormente como una fortaleza personal, que conlleva la apertura hacia distintas experiencias y la flexibilidad mental ante temas que no encajan en las propias ideas previas (Seligman, 2003).

La estructura bidimensional de la curiosidad humana propuesta inicialmente por Daniel Berlyne (1924-1976) en 1962 no fue tenida muy en cuenta. El autor planteó que existía tanto la curiosidad diversa como la curiosidad específica; esto fue negado durante años. Recientemente se ha demostrado que esta fortaleza, efectivamente, está compuesta por dos dimensiones. La *exploración*, o deseo de esforzarse por conocer la novedad y el desafío que supone enfrentarse a ella; y la *absorción*, o fuerte interés en explorar con detalle las cualidades específicas de algo, entremezclándose con la actividad misma (Kashdan, Rose y Fincham, 2004).

En los procesos prácticos de estas dos dimensiones de la curiosidad parecen intervenir algunos factores que la estimulan y otros que la impiden. Los bajos recursos cognitivos para procesar los estímulos o determinadas condiciones psicopatológicas (por ejemplo, la personalidad narcisista o la esquizofrenia) pueden actuar como factores de la segunda clase mencionada (Kashdan; 2004).

Así pues, parece ser que si intervienen de alguna manera las limitaciones de la competencia cognitiva, en tanto que la curiosidad precisaría de recursos de la atención y del ejercicio de otros procesos como la percepción o la memoria. Y como quiera que, por propia definición, las competencias para estos procesos están muy limitadas en las personas con discapacidad intelectual, sería poco aventurado suponer que su práctica de la curiosidad sea menos intensa cualitativa y cuantitativa que la propia de la población ordinaria.

Cuando se descubrió el CI el campo de estudio y trabajo de la discapacidad intelectual encontró una buena herramienta; dado que con él se puede predecir de algún modo la efectividad del funcionamiento de la persona y es de utilidad para la toma de decisiones en la intervención psicológica.



NECESIDADES EDUCATIVAS ESPECIALES. CALIDAD DE VIDA Y SOCIEDAD ACTUAL

Sin embargo, un incorrecto uso del mismo también conduce a equívocos considerables. Dotarlo de un valor absoluto, capaz de predecir o justificar no solo el funcionamiento intelectual sino también el comportamiento y la experiencia emocional es uno de los más frecuentes.

El argumento expuesto más arriba, que supone la inferioridad o incluso la ausencia de la curiosidad en las personas con discapacidad intelectual, deja de tener la consistencia generalista, que en un principio aparenta, si se tiene en cuenta que la experiencia emocional de la curiosidad pueden diferir de unos sujetos a otros en sus umbrales de profundidad y amplitud; incluso en la voluntad para experimentarla. Y también que la mayor o menor presencia del rasgo extroversión-introversión en la personalidad del individuo provocan distintos tipos de comportamientos curiosos (Kashdan, 2004). Esta variabilidad de la experiencia emocional curiosa también pudiera incidir en el colectivo de personas con discapacidad intelectual.

Reiss y Reiss (2004) comentan que Zigler, en 1971, ya demostró que un bajo CI no predice la personalidad y, también, que otros estudios han venido contrastando que la curiosidad correlaciona muy débilmente con la capacidad intelectual.

Basándose en la Teoría de la Sensibilidad de la Motivación, Reiss y Havercamp (2001; en Reiss y Reiss, 2004) adaptaron la escala *Reiss Profile of Fundamental Goals and Motivational Sensitive* a la población con discapacidad intelectual, logrando identificar la curiosidad como un rasgo de la personalidad también presente en estas personas. La definieron como la fuerza del deseo de una persona para explorar los estímulos nuevos. La separaron de la capacidad para aprender que posea el individuo. Y propusieron entenderla como una necesidad psicológica de la cognición o del conocimiento.

Por su parte, Zigler, Bennett-Gates, Hodapp y Henrich (2002) también encontraron el factor curiosidad cuando sometieron a pruebas psicométricas a su escala *EZ-Personality Questionnaire*, diseñada específicamente evaluar la personalidad de niños, adolescentes y jóvenes con discapacidad intelectual. Pero en este caso la identificaron fuertemente asociada a la creatividad.

El factor encontrado no se refiere, pues, a la motivación de dominar la realización de una tarea nueva o difícil, sino que tiene que ver, más bien, con aplicar soluciones creativas e innovadoras a las tareas sobre las que se pudiera estar aburrido por ser muy familiares o repetitivas; haciendo así crecer en la persona la satisfacción por su realización.

El deseo de experimentar nuevas situaciones probando soluciones inventivas sobre tareas conocidas vendría a ser la curiosidad-creatividad, y aunque relacionada positivamente con la motivación efectiva propiamente dicha fue interpretada por estos autores como un factor distinto.

Así pues, reconocida la presencia de la curiosidad como rasgo de la personalidad, aun quedarían por comprobar cuestiones relativas a su perspectiva como un estado emocional positivo; es decir, como un componente activo del bienestar emocional en las personas con discapacidad intelectual.

Un punto de partida adecuado podría ser preguntarse ¿cual de las dos dimensiones de la curiosidad tiene más relevancia o es más practicada por las personas con discapacidad intelectual?. Puede que les sea más frecuente la experiencia del interés por lo que les rodea (exploración); entre otras cosas por que a primera vista parece ser una tarea cognitiva más sencilla de abordar que la dedicación al conocimiento detallado de algún asunto específico (absorción). Pero, por ejemplo, pasárselo bien descubriendo, durante días, hasta el último detalle de un sencillo libro de fotografías de animales domésticos, también puede decirse que es una dedicación al conocimiento extenso, que sin duda provoca evidente bienestar emocional y tranquilidad en quien lo practica.

No obstante, en realidad el estado de la cuestión tiene muchos más matices que los expuestos en el ejemplo. Como quiera que la discapacidad intelectual supone que la persona deba soportar algunas características individuales muy singulares y/o situaciones psicosociales muy específicas, es aconsejable tener en cuenta, factores situacionales, contextuales o ambientales. La pobreza del entorno eclipsa las posibilidades de exploración y agota pronto la motivación para su conocimiento; si no hay estímulos novedosos, si el contexto tiene pocas variaciones en sus objetos o en las personas a lo largo del



LA EMOCIÓN POSITIVA DE LA CURIOSIDAD EN LAS PERSONAS CON DISCAPACIDAD INTELECTUAL

tiempo difícilmente se podrá curiosear. Así pues, se deben tener presentes otros factores individuales internos que caracterizan particularmente a cada una de estas personas.

Por ejemplo, algunos individuos con discapacidad intelectual grave tienen grandes déficits en la activación de la atención. Las niñas con síndrome de Rett pueden tener grandes fluctuaciones en ella incluso durante cortos periodos de tiempo (Palomera y Sangrador, 2006) y esa discontinuidad de origen genético se supone que interfiere en la práctica de la curiosidad.

La experiencia emocional de la curiosidad parece estar relacionada positivamente con muchos beneficios psicológicos, entre los cuales se incluyen la mejora del estado de ánimo, la estimulación de la creatividad, la percepción de control, el disfrute, la perseverancia, la fluidez en la toma de decisiones, etc. y negativamente con el estrés o el aburrimiento (Kashdan, 2004). Las niñas con síndrome de Rett también tienen derecho a beneficiarse de estos resultados del ser curioso en aquellos momentos en que puedan hacerlo.

Ubicar a las persona con discapacidad intelectual en un entorno cálido y estéticamente rico y aprovechar los momentos psicológicos apropiados es apoyar de manera efectiva al sujeto en tanto que se favorece la practica de su curiosidad y el disfrute de sus consecuentes beneficios.

De manera que si la curiosidad promueve emociones positivas y algunas personas necesitan apoyos intensos para mantener su bienestar emocional, es preciso que se tenga todo esto en cuenta en las estrategias de intervención, a fin de favorecer el desarrollo de este rasgo personal y de favorecer la aparición de sus estados psicológicos positivos.

La práctica programada de la curiosidad puede ser una propuesta efectiva para incrementar las experiencias subjetivas positivas y el crecimiento personal de las personas con discapacidad intelectual. Siguiendo a Kashdan et al. (2004) las estrategias de intervención pueden incluir el entrenamiento en la asignación de la atención de la persona hacia el examen de los objetos; la auto-dirección hacia la novedad y el desafío que provocan los nuevos estímulos, facilitando la exploración intelectual y conductual de los estímulos; enseñando a disfrutar de la práctica de la actividad y ayudando a que se integren las nuevas experiencias por asimilación o adaptación.

CONCLUSIONES

Es una evidencia empírica que las emociones positivas tienen efectos muy beneficiosos para el bienestar de las personas (Avia y Vázquez, 1998). De igual manera, debe entenderse que son extremadamente importantes para las personas con discapacidad intelectual pues les pueden ayudar a hacer frente de manera decisiva a las barreras que las gentes y el entorno les ponen por delante.

La experiencia de la curiosidad, y otras emociones positivas, pueden generar una perspectiva personal positiva de la vida, y esto es importante para que los individuos con limitaciones intelectuales y en la conducta adaptativa puedan pensar con creatividad en los procesos de resolución de sus problemas vitales y tratar con las dificultades cotidianas desde una posición de mayor fortaleza.

Es necesario que todas estas ventajas sean previstas para las personas con discapacidad intelectual en los planes y programas de apoyo que se diseñen para ellas pues, sin duda, que con su práctica aumentará su calidad de vida. Pero desde la perspectiva expuesta, y ya dotada la curiosidad de una característica de experiencia emocional; debe tenerse en cuenta que el bienestar personal se genera no tanto en la multiplicación de las necesidades y sus correspondientes satisfacciones como en la calidad de los procesos de las mismas por pocas que éstas sean (Fierro, 2000).

Así pues, y a modo de resumen de todo lo tratado en el texto, se puede decir que si la curiosidad, y otras emociones positivas del presente, aportan amplios beneficios a las personas ordinarias y les facilitan sentirse satisfechas con ellas mismas y con el devenir de sus vidas. Y contando ya con algunas evidencias claras de su presencia en las personas con discapacidad intelectual, es coherente, y hasta ético, reivindicar que se aumenten las líneas de investigación sobre estos temas. Más que nada en lo referente a la generación de instrumentos específicos que midan estos constructos emocionales positivos de manera eficiente y válida, pues a partir de los indicadores que arrojen se podrán diseñar



NECESIDADES EDUCATIVAS ESPECIALES. CALIDAD DE VIDA Y SOCIEDAD ACTUAL

mejor los programas de intervención y adecuar las estrategias de apoyo a las necesidades especiales de cada individuo.

Todo con el fin último de que las personas con discapacidad intelectual se encuentren más satisfechas con sus experiencias emocionales y, en definitiva, con su propio existir.

BIBLIOGRAFÍA

- Argust, G. R.; Terry, P. C.; Bramston, P. y Dinsdale, S. L. (2004). Measurement of mood in adolescents with intellectual disability. *Research in Developmental Disabilities*, 25, 493-507.
- Arthur, A. R. (2003). The emotional lives of people with learning disability. *British Journal of Learning Disabilities*, 31, 25-30.
- Avia, M. D. (1995). *Personas felices: las emociones positivas*. En M. D. Avia y M. L. Sánchez Bernardos *Personalidad: aspectos cognitivos y sociales*. Madrid: Pirámide.
- Avia, M. D. y Vázquez, C. (1998). *Optimismo inteligente*. Madrid: Alianza.
- Crocker, A. C. (2000). The happiness in all our lives. *American Journal on Mental Retardation*, 105, 319-325.
- Dykens, E. (2006). Toward a positive psychology of mental retardation. *American Journal of Orthopsychiatry*, 76, 185-193.
- Fierro, A. (2000). *Sobre la vida feliz*. Archidona: Aljibe.
- Kashdan, T. B. (2004). *Curiosity*. En Ch. Peterson y M. P. Seligman (Ed). *Character, Strengths and Virtues*. New York: Oxford University Press / American Psychological Association.
- Kashdan, T. B.; Rose, P. y Fincham, F. D. (2004). Curiosity and exploration: facilitating positive subjective experiences and personal growth opportunities. *Journal of Personality Assessment*, 82, 291-305.
- Marina, J. A. y López, M. (1999). *Diccionario de los sentimientos*. Barcelona: Anagrama.
- Muñoz, J. y Marín, M. (2005). Necesidades sanitarias de las personas con discapacidad intelectual y sus familias. *Siglo Cero*, 36 (215), 5-24.
- Palomera, R. y Sangrador, B. (2006). *Síndrome de Rett*. En AA.VV. *Síndromes y apoyos. Panorámica desde la ciencia y las asociaciones*. Madrid: FEAPS.
- Prada, E. C. (2005). Psicología positiva y emociones positivas. *Revista de Psicología Positiva*, 2. www.psicologia-positiva.com.
- Reiss, S. y Reiss, M. (2004). Curiosity and mental retardation. *Mental Retardation*, 42, 77-81.
- Rojahn, J. y Esbensen, A. (2005). *Epidemiology of mood disorders in people with mental retardation*. En P. Sturmeid (Editor). *Mood disorders in people with mental retardation*. New York: National Association for Dually Diagnosed.
- Ross, E. y Oliver, C. (2003). The assessment of mood in adults who have severe or profound mental retardation. *Clinical Psychology Review*, 23, 225-245.
- Salvador, L. (2005) *Standard diagnosis of psychiatric disorders in PWID: An update*. Libro de abstracts del Vth European Congress Mental Health and Mental Retardation. Barcelona.
- Seligman, M. P. (2003). *La auténtica felicidad*. Barcelona: Vergara.
- Seligman, M. P. y Csikszentmihalyi, M. (2000). Positive psychology: An introduction. *American Psychologist*, (55), 5-14.
- Szymanski, L. S. (2000). Happiness as a treatment goal. *American Journal on Mental Retardation*, 105, 352-362.
- Vecina, M. L. (2006). Emociones positivas. *Papeles del Psicólogo*, 27, 9-17.
- Vera, B. (2006). Psicología positiva: Una nueva forma de entender la psicología. *Papeles del Psicólogo*, 27, 3-8.
- Zigler, E.; Bennett-Gates, D.; Hodapp, R. y Henrich, C. C. (2002). Assessing personality traits of individuals with mental retardation. *American Journal on Mental Retardation*, 107, 181-193.

Fecha de recepción: 28 febrero 2009

Fecha de admisión: 19 marzo 2009

